discursofuneral.es

Querida familia, queridos amigos, querida comunidad parroquial,
gracias por estar aquí para acompañarnos en esta misa de cuerpo presente,
para despedir y celebrar la vida de Miguel Ángel Rodríguez Torres,
nuestro querido Don Miguel.

Nació un 22 de julio de 1955, en León.
Setenta y ocho inviernos no llegó a ver, porque partió a los 68,
pero llenó de tal manera los días que la suma final nos parece generosa.
Hoy no vengo a recitar fechas,
sino a recordar un modo de estar en el mundo:
justo, generoso, exigente pero afectuoso,
de voz pausada y mirada comprensiva.
Yo hablo como hija,
como alumna de su magisterio en la casa y en la escuela,
y como testigo agradecida de su fe vivida con coherencia.

Don Miguel fue maestro de primaria durante cuarenta años.
Para él, la educación no era un trabajo,
era el motor de cambio que encendía cada mañana.
Si algo nos repetía —con ese tono sereno que no admitía atajos— era:
“Educar es creer que el otro puede.”
Y él creía.
Creía en el niño silencioso del fondo del aula,
en la niña que llegaba tarde porque ayudaba en casa,
en quien necesitaba una segunda oportunidad
y en quien pedía una tercera.
Nunca bajaba el listón,
pero tendía la mano para alcanzarlo juntos.

En la escuela impulsó una biblioteca que empezó siendo un rincón

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

y terminó siendo un corazón que latía en los recreos.
No tenía muchas estanterías al principio,
pero sí montones de fichas hechas a mano,
su letra clara, sus etiquetas milimétricas.
Cada libro pasaba por sus manos como por una aduana cariñosa:
“¿A quién te envío? ¿Qué mundo abrirás hoy?”
Y si un libro llegaba roto,
él lo veía como una señal de vida,
que algo había querido decir y no sobrevivió al entusiasmo.
Por eso aprendió encuadernación artesanal.
En casa aún huele, de vez en cuando,
a cola de almidón y a hilo de lino.
Yo le veía tensar las cubiertas, alisar un lomo,
y entendí que reparar también es un modo de amar.

Del aula salió el huerto comunitario.
“Aprender —decía— es meter las manos en la tierra,
y salir con preguntas en las uñas.”
Allí sembró lechugas y paciencia, tomateras y conversación.
En el huerto, él era el maestro que calla para que la lluvia hable,
el que mostraba una lombriz como si presentara a una aliada.
Un día, mientras regábamos,
me dijo con esa calma que ordenaba las ideas:
“Mira cómo el agua no discute con la tierra.
Se busca hueco y la fecunda.”
Era su forma de explicar la esperanza.
Por eso hoy, que nos oprime la ausencia,
me aferro a esa imagen:
el bien buscando hueco,
fecundando incluso lo que parece duro.

Mi mejor recuerdo con usted, padre, es un sillón junto a la ventana,
y El Quijote abierto como una puerta.
Las tardes se nos hacían cortas:

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es
usted leía despacio, subrayaba sonrisas,
me enseñaba a escuchar el idioma como quien escucha campanas.
Cada página era una aventura,
pero también una brújula.
Cuando llegábamos a un pasaje difícil,
usted no imponía una interpretación.
Preguntaba:
“¿Qué crees que quiso decir?”
Y de repente la respuesta estaba en mí,
no como una orden sino como un descubrimiento.
Gracias por eso:
por enseñarme a pensar por mí misma
sin dejar de pensar con los demás.

Don Miguel amó la lectura,
cantó en el coro de esta parroquia,
caminó por el monte como quien lee un paisaje,
y guardó en su memoria la historia local de León
como si custodiara un archivo entrañable.
Pasear con él por las calles antiguas era como abrir un libro de piedra:
“Este arco sobrevivió a un incendio”,
“aquí una familia escondió durante años un oficio entero”,
“¿ves esa grieta? habla de inviernos y de manos”.
No necesitaba levantar la voz para contar.
Su voz pausada hacía sitio,
y uno se encontraba escuchando de verdad.

Fue esposo de Elena desde 1979.
Cuarenta y tantos años de un sí cotidiano,
que se plancha, que se cocina, que se perdona,
que llega a tiempo.
La puntualidad de Don Miguel era un acto de respeto.
Llegaba diez minutos antes con la carpeta de partituras,
o con la bolsa de la compra,

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

o con un libro listo para devolver en mejor estado del que lo recibió.
Esa puntualidad era su manera de decir:
“Su tiempo también es valioso.”
Hoy, Elena, su llegada temprana a cada cita
nos deja un aprendizaje silencioso:
amar también es estar, sin excusas y a su hora.

Como padre de Diego y mío,
fue exigente, sí,
pero nunca humillante.
Nos recordaba que el sí fácil, si no es verdadero, debilita,
y que el no honesto, si se explica, sostiene.
A mí me dio un regalo que no se acaba:
la libertad de criterio y el gusto por servir.
No toleraba la indiferencia,
y no la predicaba: la desmontaba con el ejemplo.
Si alguien necesitaba ser escuchado,
él hacía hueco en la agenda.
Si había que cargar cajas,
él ajustaba la espalda.
Si faltaban manos en la parroquia,
sus manos estaban.

Como abuelo de Inés, de Bruno y de Alma,
fue el cómplice discreto que guarda caramelos
y frases que no se gastan.
Les enseñó a soplar el polvo de los diccionarios,
a medir el tiempo con canciones,
y a saludar a cada persona por su nombre,
porque la dignidad —decía— empieza en el modo en que nos llamamos.
Ellos lo recordarán con su jersey gris y su risa baja,
con el gesto de ordenar la mesa como quien afina un coro,
y con historias que no necesitaban efectos especiales.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Hoy nos duele pensar en lo que más vamos a extrañar:
sus consejos sabios,
esa forma suya de poner una frase justa
que calmaba la sala,
su puntualidad impecable que marcaba el ritmo de nuestras fiestas,
su presencia serena en las reuniones familiares,
esa mirada que sabía leer detrás de las prisas.
Lo echaremos de menos también en los domingos del coro,
en los senderos del monte,
y en el silencio de la biblioteca.
Pero lo que enseñó se queda.
La semilla no se marcha con el sembrador.

Don Miguel fue devoto,
y pidió que hoy las lecturas hablasen de esperanza.
No es una consigna,
es una convicción que él trabajó con paciencia.
Esperanza no es negar el dolor,
es mirarlo de frente y recordar que no es la última palabra.
En su huerto, cuando una planta parecía perderse,
él no la desahuciaba:
cortaba lo seco, abonaba lo pobre, y esperaba.
Hoy, al despedirnos ante su cuerpo,
nos toca imitar ese gesto:
cuidar lo que duele, retirar lo que sobra, y esperar.
Esperar en Dios, en su promesa,
y también en lo que, con su ayuda, nosotros sabremos construir.

Su generosidad fue concreta.
Donó parte de su biblioteca a la escuela del barrio,
porque los libros —decía— no son muebles, son puentes.
Yo lo vi seleccionar uno a uno:
“Este para el que empieza.
Este para la que vuela.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Este para el que cree que no puede.”
Lo imagino ahora contento,
sabiendo que esas páginas seguirán abriéndose en otras manos.
Es la mejor manera de continuar su oficio de maestro
cuando la campana ya no lo llama.

A su hermana Teresa, a mi madre Elena,
a mi hermano Diego y a mí,
nos deja más que recuerdos.
Nos deja hábitos buenos:
escuchar antes de responder,
preparar bien las cosas,
respetar la dignidad de cada persona,
compartir sin cálculo,
y rezar sin espectáculo.
Nos corresponde a nosotros —y a quienes lo quisieron—
cuidar esos hábitos como se cuida un canto:
respirando a la vez, sosteniendo el tono, sin gritar.

Quiero contar una escena pequeña,
de esas que parecen insignificantes y, sin embargo, revelan un mundo.
Una tarde, llegué a casa confundida por un problema de trabajo.
Papá no me dio un discurso.
Puso agua a hervir, sirvió dos tazas,
abrió El Quijote donde había una cinta roja,
y leyó unos párrafos.
Luego me preguntó: “¿Dónde te ves en este capítulo?”
Yo respondí como pude.
Él sonrió y dijo:
“Entonces ya lo has entendido.”
Esa habilidad para convertir la literatura en espejo
y la conversación en hogar
es el tipo de sabiduría que no caduca.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

A quienes compartieron con él aula, coro, caminos o bancos de iglesia,
gracias por estar hoy aquí.
Sé que muchos traen un consejo suyo guardado,
una corrección sin herida,
un favor sin factura.
Si quieren honrarlo, háganlo circular.
Reparen un libro, devuelvan una llamada,
lleguen diez minutos antes, planten algo.
Son gestos pequeños,
pero en su vida los gestos pequeños sumaron transformaciones reales.

No quiero idealizarlo como si no hubiese tensiones o días grises.
Él era exigente y, a veces, impaciente con la chapuza.
Podía pedir más de lo que creíamos poder dar.
Pero cuando veíamos el resultado —una biblioteca ordenada,
un ensayo del coro afinado, un proyecto escolar que salía adelante—
entendíamos que su exigencia era una forma de respeto.
Creía que podíamos más,
y nos prestaba su paciencia hasta que la nuestra crecía.

Hoy, ante el Señor,
nos toca decir gracias.
Gracias, Don Miguel,
por su ejemplo de servicio.
Gracias por las caminatas en las que el silencio enseñaba.
Gracias por la encuadernación que salvó tantos lomos
y por las manos que sostuvieron tantas vidas.
Gracias por mostrarnos que la fe se vive mejor a pie,
con los zapatos llenos de barro bueno.
Gracias por enseñarme a pensar por mí misma
y a servir a los demás sin esperar nada a cambio.
Gracias por mirar a cada persona como un misterio digno,
nunca como un problema.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Y también, hoy, nos toca soltar.
Con dolor, sí,
pero con la esperanza que usted nos sembró.
Soltamos su presencia física
y abrazamos su presencia nueva,
la que se cuela en las conversaciones que usted inició,
en los libros que recomendó,
en las voces del coro cuando encuentren el tono,
en la risa de Inés, en la curiosidad de Bruno,
en la ternura de Alma,
en la perseverancia de Diego,
en la fortaleza serena de mamá.

Padre, usted que tantas veces acompañó despedidas en esta iglesia,
reciba ahora nuestra bendición torpe y agradecida.
Descanse en la paz de Aquel a quien cantó sin cansancio.
Que el Señor le conceda ver, con ojos limpios,
el fruto oculto de esas décadas de semilla.
Aquí seguiremos, con la ayuda de Dios,
cuidando el huerto, la biblioteca y la familia,
y tratando de estar a la altura de su manera de estar.

Nos despedimos, Don Miguel,
no de lo que nos dio —eso queda—,
sino de su silla, de su abrigo en el perchero,
de su sitio en la mesa.
Gracias por su vida entera.
Gracias por el bien que sembró sin hacer ruido.
Hasta que Dios disponga el reencuentro,
caminaremos con su paso,
ese paso firme y sereno
que hacía del camino un aula
y de cada día una oportunidad de aprender y servir.

Este discurso fue creado con discursofuneral.es Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es
Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es